
CONTINUACION CONTRA EL CELIBATO.

PERDÓNENOS usted, amigo nuestro, y perdonennos los complacientes lectores que nos honran y favorecen leyendo nuestras mal pergeñadas cartas, si volvemos á ocuparnos en ésta de la tan calculada como perjudicial institución del celibato eclesiástico, punto visible en el que los déspotas romanos quisieron asentar la base de su dominio universal.

Nada en las legislaciones de las más remotas edades, nada en el Antiguo Testamento y nada tampoco en el Nuevo, se encontrará que pueda, ni aun forzando el sentido natural de las palabras, favorecer siquiera tan despótico precepto. Los papas, más ambiciosos que cristianos, han querido tener en las naciones católicas instrumentos que, extraños á todo otro sentimiento que no sea el amor de su secta y el respeto y obediencia debidos á su soberano, sirvan á sus miras de ambición y de dominio, y en el celibato encontró la resolución de tan difícil problema.

Un individuo, dijeron los anticristos romanos, ligado á nosotros por un voto sagrado, no puede tener lazo alguno que lo sujete á otro poder que no sea el nuestro: Patria, esposa, hijos y parientes no existen para él; prohibido, como le está, contraer el poderoso lazo del matrimonio, que es el que liga al hombre con la

sociedad de que es miembro, y toda otra ley que no sea la nuestra, será para él simple espantajo que intentará nulificar con su desprecio; por esto decía Pablo IV hablando con su legado al concilio de Trento, el cardenal Carpi: "Sin el celibato eclesiástico, el papa no sería más que el obispo de Roma;" y el legado, ampliando la opinión de su comitente, decía en el concilio: "Si se permitiese el matrimonio á los sacerdotes, sus mujeres y sus hijos serían otros tantos rehenes que responderían de su obediencia á los príncipes y les harían renunciar á la larga á la de la iglesia."

¿Quién pudo con más cínica claridad desvelar el misterio que encierra el celibato, que el desvergonzado pontífice al dar instrucciones á su legado, y éste describiéndolo por completo ante una numerosa asamblea?

Hasta fines del siglo III, los cristianos, lo mismo que los santos padres, habían combatido vigorosamente al celibato nacido del ascetismo y del eclecticismo oriental; pero esta anticristiana manía crecía con el tiempo, y ya en el siglo IV tuvo por defensores á San Ambrosio, San Agustín y San Gerónimo, cuya autoridad ha sido de gran peso para apoyar en ella, aún cuando fuera, como es, un grosero absurdo que pugna abiertamente con el cristianismo, las ambiciosas miras del papado.

En el concilio de Ancyra (314) se prohibió por primera vez el matrimonio á los eclesiásticos (canon 10) pero no absolutamente, sino bajo ciertas condiciones. En el de Nicea (325), al que concurrieron 318 obispos y un gran número de presbíteros y diáconos, se puso á discusión la cuestión del celibato, pero el obispo Paphnucio, venerable anciano, casto y virtuoso, lo combatió con tantas y tan poderosas razones, que arrastró en su séquito á la mayoría del concilio, y quedó la

observancia del celibato á la espontánea decisión de los casados.

Algunos monjes célibes, procedentes de Egipto y Siria, fueron nombrados obispos en Occidente en atención á la severidad de sus costumbres, y esto fué otro poderoso estímulo para que se propagara el contagio de tan perjudicial manía; y fueron sobre este punto tan inmoderadas las exigencias del obispo Fustato, según refieren Sócrates y Sosomeno, citados por un escritor contemporáneo, que su conducta causó una terrible reacción, lo cual dió motivo á la reunión del concilio de Gangres (377), y en el cual fué depuesto el obispo Fustato, condenados sus errores, y aún se anatemizó en su Canon IV á todo el que se atreviese á sostener que no se debían recibir los sacramentos de manos de sacerdotes casados.

El patriarca Siricio fué el primero que prohibió formalmente el matrimonio de los sacerdotes el año de 385. Inocencio I confirmó esta prohibición, pero ni uno ni otro fueron obedecidos, y según afirma Fleury, cada obispo en su diócesis hacía sobre este punto lo que mejor le parecía.

Desde el siglo IV hasta el VII continuó la lucha, los concilios se contradecían unos á otros sobre este trascendental asunto; lo que uno aprobaba el otro lo negaba, y las verdaderas víctimas de tan contra natural exigencia eran las esposas y los hijos.

Habíanse agotado los medios de conservar al clero en el celibato, porque aunque en el siglo III vivían en íntima sociedad con el clero célibe ciertas hermanas, también continentas, éstas, que después fueron llamadas *agápetas* ó *subintroductas*, porque se sustituían en lugar de las esposas, según Eusebio (His. Eccl. libro 7^o), habían llegado á ser tan indispensables, que el obispo Somazo no había encontrado otro medio para

hacerse aceptable á su clero que el de dispensar á estos abusos una absoluta tolerancia.

San Cipriano, en su epístola 72, habla también de estas piadosas *subintroductas* para el alivio y consuelo del celibato.

Esta espantosa prostitución continuó hasta fines del siglo V, y esto para hacer lugar á otro género de concubinato cuya memoria de oprobio y de vergüenza debía sellar para siempre los labios de la canalla farisaica. Para salvar las invencibles dificultades que en la práctica se habían experimentado, se previno que todo sacerdote, sin exceptuarse ni aun los obispos, viviría día y noche acompañado de otro sacerdote, al cual se le dió el nombre de *cinsel*, y éste tenía obligación de responder de la conducta de su acompañado.

Dejamos á la natural penetración de nuestros lectores, que congeturen, que discurran, que adivinen cuál sería el resultado de tan estúpida medida. . . . El clero continuó siendo lo que había sido, lo que era entonces, lo que fué después, lo que es hoy y lo que será mientras exista: el asesino del pensamiento, el verdugo del progreso, la eterna amenaza de la libertad, el corruptor de las costumbres, el veneno almibarado de la virtud, el azote de la moral, el policía invisible del hogar doméstico, la zizaña en el campo del amor conyugal, el buho que lee en la conciencia ajena, el negro acridio que devora la hacienda de los creyentes y la peor calamidad que puede afligir á las sociedades.

CONTINUA EL MISMO ASUNTO.

NÚTIL absolutamente sería el trabajo que hemos emprendido de arrojar á la cara de la canalla clerical el inmundo cieno que forma los caracteres con que está escrita su asquerosa historia, si tan laboriosa tarea tuviera por objeto reformar las costumbres sacerdotales, cuando no las han podido corregir los siglos, tocar una conciencia que en semejantes gentes existe ahogada por el orgullo, la soberbia y la avaricia, traerlos á la observancia de la moral que predicaban y jamás observan, ó inspirarles siquiera el sonrojo que sube á la cara de cualquiera cuando se le reprocha una mala acción, sería pretender un imposible, tratándose del sacerdotaje cuya sórdida sensualidad aleja de su alma todo noble sentimiento.

Nuestro objeto no es otro que el de patentizar á los creyentes de buena fe, á las gentes honradas que sencillamente creen en que el catolicismo es la verdadera religión formada por la santa víctima sacrificada por los sacerdotes, que esta secta no es más que una grosera y ridícula farsa, compuesta de retazos robados á otras, y sus fabricantes una tropa de impostores, una inicua sociedad de malhechores á la que los gobiernos ilustrados debían cortar las uñas, suspenderlos en su oficio de desbalijar á cuantos tienen la desgracia de

creer en sus paparruchas, y tratarlos como vagos mal entretenidos ó como á extranjeros perniciosos, en lo cual todo el mundo vería un acto de la más suprema justicia.

Natural era esperar que al aparecer nuestras cartas, afirmando con pruebas incontestables que el catolicismo es una secta creada por la codicia y la ambición sacerdotal y la negación completa del verdadero cristianismo, señalando y aún copiando las leyendas orientales donde han tenido su origen los dogmas, misterios y sacramentos que constituyen el credo católico, las hojas católicas hubieran salido luego á la defensa de su secta, desbaratando las pruebas que respondían de la verdad de nuestras afirmaciones. pero no fué así, arteros é hipócritas los polinches, dejaron pasar las primeras y más terribles impresiones y después de algún tiempo, fingiendo no entender lo que nosotros habíamos escrito, respecto de la creación de los ángeles, se presentaron los asalariados del ex-regente probando, con mucho alarde de erudición bíblica, lo que nosotros no habíamos negado. Argumentación ridícula y de una palpitante mala fe, cuando nosotros habíamos copiado la leyenda védica de donde había sido tomada la fábula católica.

Atacamos en sus fundamentos las bases en que descansa el catolicismo romano, y en lugar de deshacer las pruebas de nuestros asertos, creyeron dejar tranquilos á sus clientes con largos discursos en su jerga teológica, con sermones trasnochados, hipócritas lloriqueos y una palabrería insustancial, que lo menos que ha hecho es destruir las verdades que hemos asentado.

Queremos ahora, para ser consecuentes con nuestro propósito, decir algunas palabras, y cesaremos de ocuparnos del celibato, aunque hay materia para mu-

chos infolios, para que se vea una vez más hasta qué punto ha llegado la prostitución de quienes tanto recomiendan la virtud.

Según dijimos en nuestra carta anterior, desde el siglo III hasta el VII se estuvo debatiendo con suceso vario la cuestión del celibato eclesiástico. El concilio de Ancyra había prohibido el matrimonio á los sacerdotes bajo ciertas condiciones, pero esto no sirvió sino de un pretexto para abandonar los clérigos casados á sus esposas y procurarse concubinas, verdad que encuentra su justificación en las palabras de Cornelio Agrippa citado por la Châtre, de quien dice: que censurando la conducta de los obispos que prohibían el matrimonio á los sacerdotes y toleraban el concubinato, porque de esto sacaban grandes ventajas, añade que: «cierto prelado se alababa en público «de tener en su diócesis once mil sacerdotes concubenarios que le daban un escudo de oro todos los años para tolerar sus queridas. Hé aquí por qué se oponía á su matrimonio.»

Para que se vea con mayor claridad todavía cuál ha sido el resultado que ha dado la prohibición del matrimonio á los sacerdotes, véase el siguiente pasaje referido también por la Châtre: «Siendo obispo de «Roma San Gregorio, ordenó con la mayor severidad «el celibato; un año después mandó hacer la pesca en «sus algibes, y lo que se retiró de ellos fueron seis mil «cabezas de niños. Esta atrocidad hizo comprender al «papa lo desatinado de su decreto y lo revocó.» Con este motivo decía Pío II que el pontífice Gregorio había obrado mejor permitiendo el matrimonio eclesiástico que prohibiéndolo. ¡Hé aquí una muestra de la infalibilidad papal.

Es posible que al leer lo que antecede se pongan rojos ó cenizos los monigotes, no de vergüenza, porque

esta es moneda que no tiene curso en las sacristías, sino de ira en que siempre abundan, y esta subirá de punto al considerar que es la historia quien refiere un hecho tan escandaloso; pero que encontrarán muy natural é incontestable los que no tienen escrúpulo en leer nuestras cartas, si detienen su atención en el crecido número de conventos que ya en el siglo VI existían en la ciudad eterna, y quieren además recordar que en la exclaustación que se hizo en la República de las monjas que había en 1861, se contaban por centenares en los conventos, ya desiertos, los esqueletos de niños sacrificados para sostener la falsa virginidad de las esposas de Dios (?) y la hipócrita observancia del celibato de la desnaturalizada y criminal canalla sacerdotal.

Por otra parte, es muy sabido que separadas del mundo esas infelices víctimas de la seducción, del engaño y del fanatismo, vivían aprisionadas como criminales entre altos muros, aseguradas con fuertes cerrojos y pesadas rejas, para ponerlas á salvo del impuro contacto mundanal, mientras los llamados santos y venerables representantes de Dios vivían en oculto comercio con las vírgenes del Señor. Este hecho se encuentra justificado no sólo por los innumerables infanticidios de que hemos hecho mérito, sino también por las puertas excusadas que se encontraron, que daban acceso á los monigotes iniciados en aquellos secretos, y los muchos caminos subterráneos que ligaban los conventos de ambos sexos, que después se han ido descubriendo y que continuarán afirmando en un lenguaje mudo pero muy elocuente, cuáles han sido las consecuencias de una prohibición nacida de la política ambiciosa de los papas, y sostenida hasta hoy con mengua de los intereses sociales, contra el honor de las familias, contra la moral y la justicia.

Con tan honrosos antecedentes, con prendas tan recomendables y con tan bellas cualidades como son las que forman el ornamento de esa numerosa falange de malhechores, aún vendrán los asalariados redactores de *La Voz* de los renegados de la patria, reclamando un tratamiento comedido y respetuoso para esa turba de malvados, asesinos y ladrones, á quienes llaman *venerable clero*? ¿Sí? Pues nosotros continuaremos trabajando en probar que lejos de ser venerable, es de testable, insoportable, inaguantable y despreciable.

LA IGLESIA CONFIESA HOY LO QUE NEGABA
AYER.

Hoy que el progreso científico comienza á colocar las cosas en el lugar que les corresponde, es decir, la verdad sobre el error, la pandilla *docente* no las tiene todas consigo, porque á cada paso se ve obligada á confesar verdades que, si en la tenebrosa noche de los pasados siglos alguno hubiera tenido el valor de declarar, habría tenido el triste, aunque glorioso fin, de Arnaldo de Brescia, Juan Huss, Jerónimo de Praga, el padre Zapata y otra multitud de mártires sacrificados en las hogueras, únicamente porque en esos hombres honrados encontraba un obstáculo la ambición de dominio y de tesoros, que es el sentimiento dominante en esa casta malvada y criminal, de cuya infame conducta nació la infernal máxima jesuítica: *omnia criminaliter aut serviliter pro dominatione*.

Hoy la iglesia docente, esos *maestros de pega*, se ven obligados á confesar que el gran padre San Agustín padeció un error negando como posible la existencia de los antípodas, pero sosteniendo todavía que estaba en la verdad en cuanto á la creación de los ángeles, en la rebelión celeste, y, como consecuencia, la caída de Luzbel. Infeliz sacerdotaje el día en que arrastrado

por el progreso se vea obligado á hacer esta terrible confesión! ¿Qué haría sin el diablo, el infierno y el purgatorio, que son su caballo de batalla para triunfar de la meticulosa ignorancia de sus adeptos, y meter por este medio la mano hasta el codo en la hacienda ajena? No; semejante confesión no la hará ni el último monigote, porque estando vinculada su existencia con la de Satanás, sería lo mismo que firmar su sentencia de muerte.

Los *maestros* confiesan que el pasaje bíblico de Josué, mandando al sol suspender su curso, ha sido mal interpretado, y en este caso la gran autoridad de los santos padres y la de todos los expositores bíblicos, ha recibido un bofetón de mano de sus amables apologistas.

Confiesan también los maestros de pacotilla que el sistema astronómico de Ptolomeo es absurdo, y se declaran partidarios de el del canónigo Copérnico, en cuyo caso la infalibilidad de Urbano VIII, que declaró dogmáticamente que la tierra estaba inmóvil y que el universo estaba regido por las leyes que indicaba el Génesis, ha quedado muy mal parada y dando un solemne mentís al ridículo chiste de la infalibilidad papal, después de haber sido atormentado infamemente el venerable anciano Galileo y de haberle arrancado en el tormento una retractación sobre esta opinión científica.

Confiesan también, inclinando su orgullosa cerviz los maestros de embustes católicos, ante las verdades geológicas, que los seis días de la creación de que habla el Génesis deben traducirse por seis épocas de muchos miles de años cada una. A este propósito veamos lo que el sabio abate Pioger dice en su obra titulada: *Le dogme cretien et la pluralité des mondes habités*, pág. 413: «La formación del globo está escrita

« con caracteres imprescriptibles en el mundo fócil,
 « está probado y *toda la iglesia admite hoy* que los
 « seis días de la creación son otras tantas épocas ó
 « períodos cada uno, puede ser, de muchas centenas
 « de millares de años. Esto no es un sistema, una
 « doctrina, una opinión aislada, es un hecho tan cons-
 « tante como el movimiento de la tierra, negado en
 « otro tiempo con tanto encarnizamiento, y *que la teo-
 « logía no puede rehusarse á admitir*; prueba evidente
 « del error en que ha podido caer tomando á la le-
 « tra las expresiones de un lenguaje ámenudo figu-
 « rado.»

Ahora yo preguntaría á mis sabios maestros, para mi instrucción: Si la teología no puede rehusar el admitir estos hechos ¿cuál será la interpretación que deberemos dar á los seis mil años que el Génesis da de existencia á la especie humana? ¿A qué época deberemos hacer retroceder la creación de una sola pareja que creó Dios, *macho y hembra* «*macho y hembra los creó,*» repite, y luego olvidándose, quizá, de que Adán tenía ya una compañera, lo duerme, toma una de sus costillas y de ella le forma otra mujer? ¿Cómo deberemos juzgar de esa eterna genealogía adámica de antes y después del diluvio cuando en los libros sagrados de la India se refiere éste gran cataclismo á una época mucho más atrasada? Yo preguntaría, repito ¿cómo deberá juzgarse de esta fábula, probado como queda en mis anteriores cartas, que no son mas que ridículos y vergonzosos plagios de las leyendas védicas del Zend-Avesta y de otras sectas? Pero preguntaría inútilmente, porque, á buen componer, se me contestaría con un sermón inconducente; y si realmente tuviera alguna duda sobre las verdades que dejo asentadas, me quedaria con ella. El mundo marcha, y la inmutable ley del progreso hará que esas verdades,

ocultas para las muchedumbres, que hoy comienzan á decirse por pocos, se encuentren más tarde en la conciencia de todo el mundo, y las venideras generaciones tendrán la satisfacción de ver cómo salen del paso los embaucadores de oficio, cuando la crítica científica haya acabado de poner en claro tantas y tan infames supercherías.

Confiesan hoy que las estrellas, que antes, según los *docentes*, no eran otra cosa que lámparas suspendidas en la bóveda celeste, para atenuar las sombras de la noche, son soles que alumbran á millones de millones de mundos habitados por seres cuya forma y naturaleza nos es desconocida. El abate Moigno divaga de lo lindo respecto de esos seres y al fin se conforma con que se le conceda que los pobladores de ese número infinito de mundos ni son inteligentes como los habitantes de la tierra, ni son descendientes de Adán, ni han podido ser redimidos por Jesucristo; ¡cuánta barbaridad en boca de un sabio ofuscado por el fanatismo! No; no hay fanatismo posible para un monigote, superior al de su orgullosa ambición. Este abate había recibido de la comisión del Índice romano la misión de declarar al notable y popular astrónomo Camilo Flamarión que: ni la *encarnación* ni la *redención* eran obstáculo á la pluralidad de mundos habitados; y debe suponerse, si no es evidente, que en su hipócrita y sutil ortodoxia esperaba encontrar una prebenda, una mitra ó un capelo; de otra manera es imposible conciliar tan claro ingenio, instrucción tan vasta y tan fácil palabra, con las sofísticas razones que expone en apoyo de opiniones tan difíciles de sostener.

Hé aquí otra prueba de la *honradez, imparcialidad y buena fe* de los fabricantes del llamado catolicismo romano; confiesan hoy lo que ayer negaban, pero lo confiesan buscando siempre el medio de hacer preva-

lecer sus embustes, porque de otra manera tendrían que quemar sus ropas clericales é irse á aprender otro oficio que, aunque menos fácil y lucrativo que el de pillar y robar, de que hoy viven tan holgazanamente, sería más honrado, más útil á la sociedad que tanto han explotado, dejando á la vez de ser una amenaza á la paz pública, al honor de las familias, á la tranquilidad del hogar doméstico y al bienestar general de nuestra querida patria.